



RELACIONES HUMANAS

Violencia de especie

JOSÉ MARÍA ROMERA



:: MARTÍN OLMOS

Habituados como estamos a reaccionar éticamente contra la violencia, a veces da la impresión de que hemos renunciado a tratar de entenderla por miedo a parecer tibios o demasiado comprensivos. Ante cualquier hecho violento, sea un atentado terrorista o una agresión de corte machista, la corrección sociopolítica imperante exige respuestas espontáneas firmes y airadas que a la vez que acrediten nuestra musculatura moral ejerzan la labor pedagógica de la condena y, de paso, brinden algún alivio emocional a las víctimas y cierta tranquilidad a quienes tienen miedo de serlo en cualquier momento. Es una respuesta defensiva tan lógica como necesaria. Pero limitarse a ella es renunciar a las soluciones, si las hay, para un problema viejo como la vida misma. Nuevas formas de violencia –urbana, intrafamiliar o deportiva, por ejemplo– han venido a agregarse a las ya conocidas. En pleno siglo XXI todavía es posible estremerse con la noticia de unas adolescentes violadas y ahorcadas en India o de la matanza en Canadá de unos policías por obra de un francotirador que dejó escrita una confesión brutal: «ningún remordimiento en aplastar a la raza humana».

Más allá del espanto y de la indignación, se hace imprescindible la búsqueda de los porqués. Es lo que ha hecho un grupo multidisciplinar de investigadores españoles en el trabajo colectivo '¿Somos una especie violenta?' (ediciones *Universitat de Barcelona*, 2014). Lo que no alcanzan a explicar la psicología y la sociología, vienen a decir, hay que preguntárselo a disciplinas como la biología o las neurociencias, que en los últimos años han avanzado de manera notable en el conocimiento de las conductas humanas desde

una perspectiva evolutiva. Y la respuesta que nos dan no es muy agradable: sí, somos una especie violenta por naturaleza. Compartimos con el resto de vertebrados la marca de la agresividad, esa emoción adaptativa, ni buena ni mala en sí misma, que nace como mecanismo de protección ante circunstancias que impliquen peligro o amenaza.

Pero a diferencia de otras especies los humanos agredimos conscientemente, con voluntad de hacer daño. Como sabemos que siendo agresivos podemos conseguir cosas, nuestra imaginación se pone en funcionamiento para hacerlo de forma efectiva y con frecuencia sofisticada. Es lo que el genetista David Bueno, uno de los autores, llama creatividad. Esa creatividad tiende a manifestarse tan desbordante que la violencia, por una suerte de exceso de celo biológico, acaba interviniendo en situaciones que no encierran peligro alguno. Acostumbrado a activar la agresividad, el cerebro interpreta como peligrosas realidades que no lo son y decide enviar órdenes de acción brutal. Otro autor del libro, el neurólogo Enric Bufill, afirma desde un punto de vista más positivo que una cierta dosis de agresividad es imprescindible para desarrollar las potencialidades individuales, en la medida que ayuda a explorar y controlar el medio. Es posible, explica Bufill, que algunos de los genes relacionados con la agresividad también intervengan en otras funciones de

adaptación; de modo que su eliminación, en el caso de que esto fuera posible (podría tener consecuencias importantes en el funcionamiento de nuestro cerebro y del organismo en general).

¿Hemos de hablar entonces de una 'violencia amiga'? Tal vez no sea este el interrogante. Como destaca un tercer investigador, el psiquiatra Eduard Vieta, dado que los humanos somos tan capaces de ejercer la violencia como de inhibirla, de lo que se trata es de poner en juego los mecanismos individuales y sociales que permitan ejercer el máximo control sobre ella. Huir de las visiones rousseauiana y 'buenistas' admitiendo de partida que somos violentos ya es dar un primer paso. Los siguientes consistirían en abordar de una vez por todas cuestiones que permanecen estancadas en la charca de los prejuicios o de las ideas heredadas, y en las que los eventuales avances se ven a menudo interrumpidos por el miedo a descubrir nuestro perfil menos agradable. ¿Hay que admitir, por ejemplo, que los hombres somos más violentos que las mujeres, dado que el 90% de los actos violentos los cometen hombres? ¿O que enfermedad mental y violencia no van unidas? ¿O que los terroristas que se autoinmolan no sufren ningún trastorno mental sino que suelen ser «personas especialmente crédulas y con gran empatía» –como asegura Bueno–, en cuyo caso estarían más movidos por unas creencias religiosas que por una debilidad psicológica? De lo que no cabe duda es de que la biología y la psicopatología pueden aportar buenas herramientas para llevar a cabo un trabajo que hasta ahora casi solo se ha encomendado a psicólogos, sociólogos y educadores. O a políticos de tan buenas intenciones como escasos conocimientos en una materia tan delicada.

LA CITA

Isaac Asimov

«La violencia es el último refugio de la incompetencia»